

—Ahora tome Ud. por vía de anticipo este billete de Banco—y le daba palmaditas cariñosas en el hombro—y espere un poco, es. . . . es. . . . espere un poco. . . . Y tenga mucha calma, joven. . . . mucha calma. . . . que la gran ciencia de la vida es saber esperar!

El joven dobló en cuatro partes el billete de \$5 que el Licenciado le había alargado, después de acaralarlo con el índice; metiólo en la bolsa de pecho del chaleco y se fué muy alegre echando cuentas galanas para el porvenir; sintiéndose vigoroso para la lucha y valiente y audaz para conquistar el mundo. . . . literario, mientras repetía las sentenciosas palabras del Licenciado Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada:

«Calma, joven, calma, que la gran ciencia de la vida es saber esperar!»

XIX



Querido tío, por aquí. . . . Déme Ud. el brazo. . . . pasemos á la acera de enfrente que en ésta calienta mucho el sol.

Apóyese bien en el bastón. . . . Cuidado con esa piedra! ¿Quiere Ud. entrar un ratito á la iglesia? ¿No? ¡Bueno, no insisto! Es verdad: Ud. oiría misa muy temprano! Descansaremos un poco. . . . está Ud. muy débil. . . . ¿Que adelante? ¡Bien, si Ud. lo quiere!

Y así, melosamente, solícitamente, conducía Sátrapa á su tío, hecho un esuerzo de puro flaco, á través de calles céntricas y de callejas solitarias para llevarlo al escritorio, donde era esperado por el forastero.

—¡Oh, señor Illescas, cuánto gusto de verle! ¡Amigo Sátrapa, pase Ud., pase Ud!

—¡Gracias, señor Licenciado, voy á la estación á gestionar el despacho de una carga! . . . ¡Vuelvo en seguida! . . .

De momento se quedó el señor Illescas haciendo una larga venia sin atinar con el nombre de la persona que tan afable y ruidosamente le saludaba.

—¿Qué no me conoce Ud.? . . . ¡Adiós, no recuerda al Licenciado Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada! . . . ¡Medio paisano de Ud.! . . . Porque Ud. es de Huelva. . . y yo de allí cerca, de un lugar á dos tiros de la misma Sevilla. . . ¡Oh, la Giralda! . . . ¡El puente de Triana! . . . ¡Qué dulces recuerdos de la patria amada! . . . ¡Pero nosotros no nos conocimos en nuestro lejano terruño; no! . . . ¡Qué habíamos de conocernos! . . . Cuando Ud. vino á México yo aún no había llegado á este mundo de miserias. . . ¡No había nacido todavía! . . . ¡Cómo que tengo treinta años y Ud. lo me. . . me. . . menos setenta! . . . ¿no? . . .

Ante aquel desbordamiento, el señor

Illescas débil, enfermo y silencioso, sentía sobre de su cabeza una granizada que le aturdía y desconcertaba.

«Usted me conoció—prosiguió el Licenciado—aquí. . . no precisamente en este escritorio. . . ¡no! . . . Si no en la casa de Zaballeta, comerciante que vive á media cuadra de esta casa. . . ¡Allí; sí. . . sí. . . sí, señor, allí—afirmaba como si dudaran de sus palabras.—Tanto que iba yo á recoger algunos pesos. . . con carta abierta de crédito que traía de los señores Vi. . . Vi. . . Villa Hermanos Sucesores de Veracruz! . . .»

El señor Illescas, aunque no recordaba bien al Licenciado, que estuvo en la Villa de las Granadas hacía cinco años, contestó al fin para contener aquella arrasante verbata que le taladraba los oídos:

—Sí, señor Licenciado, recuerdo á usted bien. . . Estoy á las órdenes de usted. . . ¿Puedo saber á qué debo esta visita?

—Muy sencillo, señor Illescas, muy sencillo. Se trata de un caso lejano... ¿cómo diré? familiar. De algo muy remoto, remoto. ¡Treinta años atrás! Un hijo... hijo! Una madre... madre abandonada! Toda una larga historia! Don José! Una carta!

El pobre del señor Illescas por salir de las brasas cayó en la sartén: aquellos menudos preliminares acusaban un relato interminable de detalles, nombres, fechas y datos, quedando tela para que el Licenciado hablara largo de tres horas con detrimento de la salud y con peligro de la cabeza del señor Illescas.

—Recuerdo algo confuso, pero esta enfermedad que me consume tiene mis facultades debilitadas, no puedo... no debo recibir impresiones fuertes, el médico me lo ha prohibido.

—Usted escribió—continuaba el Licenciado—hará cuatro años una car-

ta... ¡sí, una carta! carta... carta! La ví por mis propios ojos! En una importante casa comercial... pidiendo informes de un Javier Illescas... vivido allí treinta años atrás... y ese Illescas es usted... usted! No me lo niegue, no! Porque entonces no dará usted jamás... lo... ¿oye bien? no dará vd. jamás con su hijo!

Illescas, viejo y enfermo, acostumbrado al dominio dulzón de su sobrino, al escuchar las enérgicas palabras y al ver la actitud imperiosa del Licenciado, se plegó, se redujo, asustado, sobrecogido ante la amenaza del lenguaraz Sanchete de la Sanchada, balbució como un niño que confiesa su falta:

«¡Sí... sí! Soy yo! Soy yo, mi hijo!»

A este esfuerzo de su minado organismo, sucedióse una postración rápida, cual si se hubieran puesto en tirantez rígida sus nervios para vibrar en aquel arranque de dolor y de vergüenza...

— Ahora, señor Illescas, estamos claros. . . . Por allí debíamos haber comenzado. . . . pero vd. se encastillaba en la reserva. . . . en la negación. . . . en. . . . en. . . . en la duda. . . . Cuando yo. . . . desinteresadamente. . . . por hacer una obra de caridad. . . . Porque dígame vd., ¿a mí qué me va ni me viene con que encuentre vd. á su hijo? Se reconcilian. . . . se abrazan y. . . . ¡santas pascuas! . . . Yo me labó las manos. . . . desaparezo por el fondo. . . . cae el telón. . . . y. . . . y. . . . y. . . . se acaba el drama. . . .

Illescas cerraba los ojos, concentraba sus ideas en un hondo y tenaz pensamiento, lejos, muy lejos de la garrulería del Licenciado, escarbando, escarbando siempre, en las arrugas profundas de su abatida frente, y murmuraba con timidez, con labio trémulo en que aleteaba la deprecación humilde, sumisa, de los que esperan, de los que sufren, de los que lloran, y por sobre de ella, como un reclamo amoroso, salían las palabras ¡hi-

jo! . . . ¡hijo mío! . . . llenas de angustiosa queja, de aflicción lastimera, de remordimiento torturante. . . .

El Licenciado estudiaba todas estas impresiones; atendía al desarrollo de aquel proceso psicológico con mirada avizora y movía satisfecho la cabeza; el golpe fué certero; tenía la confesión de parte, ahora esperaba la prueba plena.

—No sabe vd. . . . no puede vd. saber el peso que me quita de encima. . . . hace treinta años. . . . ¡treinta años! . . . que tengo aquí. . . —y se golpeaba el pecho— una piedra. . . . grande. . . . muy grande. . . . que me aplasta el corazón y me aprieta la garganta. . . . No podía hablar. . . . no podía averiguar. . . . ¡Tanto tiempo pensando en reparar la falta! . . . Y hoy. . . . mañana. . . . ¡Mi hijo! . . . ¡hijo mío! . . .

Y lloró; lloró amargamente, cubriéndose el marchito rostro con las manos agitadas y canijas.

—¿Estorbo?—preguntó Sátrapa, con

sonrisa mefistofélica, asomándose por la cortina que cubría la puerta.

«¡Mi hijo! . . . ¡hijo mío!—repetía sollozante Illescas.»

Sátrapa se encaró con el Licenciado; vió de soslayo al tío, que gemía como un chiquillo, y llevándose el índice á la sien hizo un movimiento giratorio y dijo casi al oído de Sánchez Sanchete: «¡loco! . . . ¡loco!»

«¡Cómo!»—exclamó alarmado el charlatán de Sanchete levantándose violentamente de la poltrona.

«¡Chits! . . . ¡Chits! . . . que no se entere; le haría mucho daño y caería en cama. . . . Salgamos de aquí y dejémosle con el acceso. . . . al verse solo se le pasará. . . .»

Tomó del brazo al Licenciado que, al sentir la férrea mano de Sátrapa arrancándolo de la presencia de su tío, no pudo evitar un movimiento de sorpresa y venirle un poco de recelo; se lo llevó fuera del despacho, quedándose Illescas con

el rostro entre las manos sollozando amargamente.

Una vez en la calle, se plantó Sátrapa con los brazos cruzados delante del Licenciado y con voz ruda, irritada y violenta, le dijo:

«Usted es también de los que propalan la fábula!»

«¡Vaya que el bueno de mi tío está condenado á ver hijos suyos por todas partes! Ayer en Tabasco tuvo un hijo que murió en una montería! Hoy le traen otro ¿quién sabe de dónde! . . .»

«¡Mi pobre tío va á contar con más hijos que la madre de los Macabeos!»

«¡Parece mentira que personas discretas, ilustradas y sensatas fomenten la locura de mi querido tío!»

El Licenciado de pronto se embrolló; fué tan imprevisto el ataque y tan violenta la retirada que no hubo tiempo para defenderse; pero se rehizo luego y con fingida extrañeza y con no menos irónica sonrisa, contestó á Sátrapa:

«Señor Sátrapa. . . : vd. ve moros con tranchete! . . . sí, señor, moros con tran. . . tranchete! . . . ¡Ni yo propalo fábulas! . . . que me importan un có. . . co! . . . ¡mino! . . . ¡Ni soy quien vd. se ha fi. . . fi. . . figurado! . . . Si el tío de vd. está loco. . . ¡a un ma. . . ma. . . manicomio con él! . . . Si quiere tener hijos y ve hijos en todas partes. . . ¡la casa de ma. . . ternidad está aquí cerca. . . con un vjecito á Puebla todo se remedia!

Sátrapa estaba cogido entre dós fuegos; sonrió hipócritamente y con blanda voz respondió á Sanchete: «Perdone vd. si en algo le he ofendido, mi señor Licenciado; pero párese vd. á considerar la impresión tan fuerte que recibo cada vez que veo á mi tío con esas chocheches de una vejez infeliz y cansada. . . ¡ha trabajado tanto mi pobre tío! . . . Y para remate de cuentas, en estos últimos años, cuando bien podía retirarse

del comercio, vender sus bienes y recoger su hacienda para irse á su tierra á descansar de su fatigosa y gastada vida, al lado de sus parientes, le apunta la idea del hijo, incesante, persuasiva y atormentadora. . . Cada noche se levanta presa de horrible pesadilla, con el pelo erizado, la mirada iracunda y el brazo rígido y amenazante, gritando desaforadamente: «¡mi hijo! . . . ¡hijo mío!» con un clamor siniestro que enfría la sangre en las venas. . . Esa es la eterna cantinela que sale de sus labios en cuanto le acomete el acceso. . . Alarmado con esto, ví al médico de la Villa (una lumbrera en el tratamiento de las enfermedades del sistema nervioso); tan luego le hizo un concienzudo reconocimiento, me dijo reservadamente: «Al tío de vd. le comienzan los síntomas de una locura mansa. . . que acabará en demencia. . . Conviene el reposo. . . apartarlo de las tareas del comercio. . . ¡Nada de números ni de escribir cartas! . . . ¡Ni leer corresponden-

cias ni periódicos! . . . ¡Hay que alejarse de las letras de molde lo más á menudo posible! . . . Quietud absoluta. . . libertad franca de ir y venir. . . paseos prolongados hasta el cansancio. . . baño de agua fría. . . alimentación sana y frugal. . . ¡Vaya que hay que tratarlo como á un niño mimado! . . . Como está incapacitado por su dolencia, pediré interdicción, y entonces me tendrá por tutor de mi tío y de apoderado de la firma de «Infazón Illescas y Cia.» . . . ¡Mi tío, maldita la cosa que entiende de los asuntos de la casa! . . . ¡Todo el trabajo pesa ahora sobre mí! . . . Pero soy joven; quiero á mi tío con veneración y con gratitud, y por esto se porto tranquilo la carga. . . El Licenciado, con toda su penetrante y husmeadora observación, no pudo rastrear en aquel rostro impenetrable, de bondadosa sonrisa y de palabra fácil y bonachona, la verdad de tan largo y sentido discurso; se quedó aturullado, con-

uso y turullado. «¡Si realmente no será este Illescas el Illescas de la historia de Don José! . . .» Y su pensamiento naufragó en un mar tumultuoso de dudas y confusiones.

Sátrapa, á guisa de despedida, continuó:

«Ya sabe vd., señor Licenciado, lo que hay de cierto en este asunto; le encargo la reserva sobre el particular y el tino para tratar con mi tío. . . El médico lo ha dicho: «conviene el reposo. . . y, sobre todo, nada de números ni de escribir cartas, ni de leer correspondencias, ni periódicos» . . . ¡Mucho cuidado con esto—añadió de caso pensado Sátrapa—porque me lo mata vd., señor Licenciado, me lo mata vd!»

Sanchete de la Sanchada apretó la mano que le tendió Sátrapa y se fué aturrido, maltrecho y derrotado al cuarto del Hotel, á estarse solo con sus pensamientos y á estudiar en todas sus fa-

ses aquel caso raro de enajenación mental.

El señor Illescas, después que le pasó la impresión brusca y dolorosa, al ver que no estaba á su lado Sanchete, tomó con paso vacilante el sombrero, empuñó el bastón y salió fuera del despacho.

Cogió por calles extraviadas; dió un rodeo por las afueras,—sitios escogidos para sus solitarios paseos,—y acabó por encaminarse á la iglesia.

El templo estaba en aquellas horas solo; se acercó al altar mayor; púsose de hinojos y devotamente se santiguó y con fervor religioso rezó sus cotidianas oraciones. . . De allí á poco, en las losas del pavimento sonaron pasos que retumbaban con fuerza por bóvedas y vidrieras: el cura venía con la severa sotana y el negro breviario en la mano y fuese hacia el sagrario, alumbrado débilmente por un lamparín de eterna luz, como para recordar á los penitentes que el ojo de Dios, aunque oculto, está siempre

abierto para ver y juzgar los pecados de los mortales. . .

El presbítero no paró mientes en la escuálida figura de Illescas, puesta de rodillas. ¡Es tan común ver creyentes arrodillados ante el ara! Y siguió su marcha; abrió el breviario y se puso á rezar en él las horas menores.

«¡Mi hijo! . . . ¡Hijo mío!»—exclamaba Illescas en medio de sus frecuentes y lacrimosos rezos; los gritos de espanto, de súplica y de compunción sacaron de su recogimiento al cura; fijó la vista en el devoto Illescas y reconocióle luego.

Con paso medurado llegóse á él; le tocó el hombro suavemente y le dijo con mucha dulzura:

«¿Qué tienes, hermano mío?» «Aquí encontrarás el perdón de tus culpas y la remisión de tus pecados».

A Illescas le pareció el sacerdote una visión ultraterrestre; un enviado del cielo que bajaba apiadado de su largo y quejumbroso ruego; se asió de la sotana

del clérigo que estaba en pie, y tiernamente, con doliente sollozo balbucía: «Perdón, señor!... Perdón, yo he abandonado á mi hijo!»

— «Levántate, que Dios en su infinita bondad y en su eterna misericordia es magnánimo y clemente. Abre tu pecho, confiesa tus faltas que el arrepentimiento te lava todo pecado!»

Y mansamente, con la callada solicitud de un padre que conduce á su hijo enfermo, llevó el párroco á Illescas al tribunal de la penitencia.

— Yo pecador me confieso á Dios. — murmuraba Illescas.

Y aquel pobre y mísero anciano, desfallecido, humillado y creyente, confesó su gran pecado; el remordimiento de toda su vida pasada, que le amargaba la existencia y abría á sus pies la sepultura.

Primero, á tropicónes, salían las palabras de sus temerosos labios, y poco á poco, según coordinaba sus ideas y avi-

vaba sus recuerdos, el relato era más preciso, más detallado, más completo, interrumpido, á ratos, por ataques violentos de tos seca, golpeante, que sonaba cavernosa como si dieran martillazos en las huecas paredes de aquel pecho enteco.

«Ego te absolvo ab ómnibus censuris, et peccatis tuis, in nómine Patris, et Filij, et Spiritus Sancti. Amén.»

Y el padre levantaba la diestra y bendecía la humillada cabeza del viejo enfermo.

En las campanas de todas las torres sonó la ronca voz de los broncees mayores tocando la hora de medio día; el clamoreo vibrante sacó á Illescas de sus largas meditaciones y de sus continuados rezos; levantóse, tomó agua bendita en la extensa pileta y salió del templo, consolado y satisfecho en dirección á su casa, á pocos pasos de la iglesia.

Sátrapa se impacientaba sentado á la mesa, no tanto porque se tardara la co-